

calculado dominio del oficio. Su ritmo es pausado, sus frases largas hipnotizan, desafían al lector tras la adivinanza, la sugerencia y el imposible fascinante, haciendo del poema "un signo inaugural que abre el camino", un sendero que conserva sentidos secretos y una razón poética, metafísica y religiosa, realizada desde la oscuridad de las entrañas:

*Sólo la confusión que traza este
[insecto te deja testimonio
de la dicha compartida a la
[sombra de los libros.
La claridad es el artificio de los
[ojos del verdugo.*

GABRIEL ARTURO CASTRO

El alcázar que buscamos

Los espejos de la hidra

Luis Eduardo Gutiérrez Lozano
Ediciones Tiempo de Palabras,
Bogotá, 2001, 97 págs.

Pocas veces ocurre que la aparición de un segundo libro de textos poéticos confirma una vocación y un oficio de construcción permanente, y es más: que trace ya una poética donde impera el dominio de la "letra viva" y del "espíritu vivo".



Digo poética porque Luis Eduardo Gutiérrez Lozano, a partir de su proceso creador, configura una voz personal y funda un mundo propio aunque independiente de él, supe-

rando las determinaciones, referencias y circunstancias tempoespaciales del poeta.

Lo anterior, dado que todo poema es modificación, más aún cuando a la palabra se la dota de autonomía, alza y transforma el universo o los universos, crea y es autosuficiente, se aleja del símil para acercarse a la metáfora.

Al hablar de la poética de Luis Eduardo Gutiérrez pretendo hacer notar que a través de sus dos libros, el primero: *Perseguidos por el cielo*, y ahora su segundo: *Los espejos de la hidra*, instaura una originalidad expresiva y una potencialización del lenguaje que permanentemente significa.

Y allí iniciamos un breve recorrido desde su texto clave titulado *Poesía*:

*Sobre la piedra blanca
se eleva el alcázar que
[buscamos.
Custodiadas están sus puertas
[por guardianes invidentes.
A esa morada se ingresa sólo
[con la palabra.
Pronunciarla nos hace
[habitantes de otro reino.*

El poeta sabe que la piedra es el elemento original sobre el que está basada la construcción, la base del poema, el nutrimento de la vida. Gutiérrez intuye lo anterior igual en su texto *Séptimo día*, una recreación del génesis:

*Alguien levantó
piedra a piedra
la casa del silencio.*

Casa, morada o alcázar, la poesía aquí es un cobrefuego, un bastión luminoso que sirve de abrigo y de guardián. Y se inicia con esa piedra que es el potens de un palacio fortificado, la maravilla cuando el poema crea un cuerpo resistente enclavado entre una metáfora y una imagen. Los guardianes de esa fortaleza, de esa sustancia infinita son invidentes, nos dice Gutiérrez, como si nos anunciara el principio de la

oscuridad misteriosa que antecede a la creación: el secreto oculto, el sueño de la sombra que es la poesía. Y la llave única para acceder a sus dominios es la palabra: el ábrete sésamo, la palabra justa que descifra todo jeroglífico. "Pronunciarla nos hace habitantes de otro reino", escribe el poeta, un reino encantado que imagina y vive el autor, y mediante el ejercicio de médium nos transcribe sus laberintos y magníficos seres. ¿Por qué la hidra? Porque ella encarna la capacidad de regeneración y la liberación del espíritu de los lazos del cuerpo para conseguir la inmortalidad o quizá también la resurrección como el fin último, la conquista mayor de la poesía: hacer revivir e incorporarse, levantar las sombras, resurgir. La resurrección es la vida eterna que viene del verbo creador y encarnado, implica la entrada del creador y la creación a la supervivencia del tiempo. Lo que renace es el cuerpo espiritual mediante una acción mágica y purificadora. He ahí el poder de la palabra, ya que la hidra es, además, fuerza y espíritu de entrega, analogía del consumado oficio del escritor. El espejo "devuelve a cada cual lo suyo", antigua creencia que la imagen y el objeto están unidos en una correspondencia mágica. ¿Y si nos miramos en el espejo de la hidra?, pues nos provocará visiones y miradas hacia un mundo distinto del nuestro, tal como lo verifica el libro de Luis Eduardo Gutiérrez *Los espejos de la hidra*. Y el espejo es ventana, salida, catapulta, cuando el poeta dice:

*Mírenlo ustedes, cómo atraviesa el
deshielo del espejo y escapa con la
raptada hacia un país en niebla.*

El sentido del viaje, de la aventura suscitada por la acción de la mirada:

*Y si rompe
la telaraña del espejo,
¿no huirá eternamente por una
[selva blanca?*

Viaje que es posible gracias a la activa imaginación poética del escritor, memoria de vivencias sensoriales,

perceptivas o metafísicas, realidades construidas por la intuición y sensibilidad del autor. Esta imaginación abre ante nosotros el horizonte de lo posible, evoca imágenes de otras eras y nos distancia metafóricamente de la primera realidad para enriquecernos por medio de la creación. Propósito que logra el presente libro, donde nos muestra, cifrando, una parte de la condición humana, su vida espiritual, los infinitos significados que retan al lector.

Es imaginación y no evasión, dado que la poesía verdadera actualiza. Lo anterior advierte Luis Eduardo Gutiérrez en el segundo capítulo del libro, ya desde la enunciación del epígrafe de Eliot:

*Lo que pudo haber sido y fue
dan a un solo fin que es siempre
[presente.*

Sí, una actualización que podemos realzar si comparamos los mundos presentados, las atmósferas tan bien construidas, los motivos universales: la muerte que prepara la horca o el cadalso; los ritos dionisiacos rebosantes de vida, su pujanza, los éxtasis místicos, el vino siempre presente (el vino de Villon que colmaba su tina, el vino que llueve de las praderas del sueño, el vino de las tabernas de almenas blancas); la presencia del animal de distinto valor que espiritualiza el mundo sensible y capta las intuiciones profundas del escritor: las mariposas negras que constituyen la voz de la hechicera, los murciélagos a los cuales sólo trata la reina, el canto del ánade que vuelve loco al oyente, los dromedarios rojos del nómada, las ratas de la calle, las mariposas rojas del sonámbulo, el bosque iluminado por una hiena en llamas, los cuervos del augurio, el lobo del mal sueño, el ave de la nostalgia, el potro que huye llevándose un cielo joven, los pájaros, gorgojos y ratas de Vallejo.

Junto a lo anterior la certeza de que el arte parte de la ruina, del desacomodo, del vestigio; la ciudad devorada por el fuego, la presencia de una estrella de ceniza:

*Árbol de antiguas aniquilaciones
es el manzano.*

No en vano estas dos líneas son el inicio de un poema titulado *Holocausto*. Primero canta la muerte para tomar distancia de ella, como Orfeo, y así sobrevivir con su obra: "Sólo hay Magdalenas que cantan a la peste". Y luego vendrá el amor, la metamorfosis, el incesante conjuro que exorciza el mal y ahuyenta a Tánatos:

*Un conjuro me devolverá el
[huerto
donde probé el fruto hechizado.
Un conjuro es la palabra.*



Claro, el conjuro es el verbo que ritualmente solicita transformar al mundo: "Virgen de los sentenciados: / Transforma a la reina / en oropéndola / para que levante el vuelo / sobre los campos sembrados". La palabra lámpara, la palabra liturgia que acciona el milagro, la palabra de la transmutación, la palabra que sana y es oficiada por el músico o el poeta:

*Bastaba que Servilia abriera la
[mano
para que cayera nieve sobre el
[imperio.*

Algo que presagia a César Vallejo cuando afirmaba que su madre le ajustaba el cuello del abrigo no porque empezara a nevar, sino para que empezara a nevar.

Aquel Vallejo con el que Luis Eduardo Gutiérrez finaliza su in-

quietante libro, su ronda mágica, su pulso escrito que suscita entre nosotros sensaciones de dolor, peligro, erotismo, horror, asombro, atmósfera encantada y extraña, en suma, intensa pasión, constante y cierta.

Los espejos de la hidra, un libro que nos invita a recorrer el territorio sugestivo y cautivante del poema, y nos lleva felizmente a reconciliarnos con la verdadera poesía.

GABRIEL ARTURO CASTRO

Digo una palabra y su sombra proyecta una escalera

Surgidos de la luz

Nelson Romero Guzmán

Universidad de Antioquia, Medellín,
2000, 48 págs.

La evocación del pintor holandés Vincent van Gogh es el centro de este libro, un recorrido por las experiencias vividas, la visión del universo, la actitud emocional del artista, su vaivén anímico y espiritual en la urgencia de crear una realidad pictórica que modificara su ser y el mundo circundante; es decir, su interior tormentoso y la realidad vital y sensorial que lo rodeaba como sumo premio: el dolor y el hambre. "Crear, ésa es la gran redención del sufrimiento", decía Nietzsche, palabras que pueden definir la presencia humana interior del pintor, sus mortificaciones que lo acechan como un pulso, el ojo que descifra el juego eterno entre la realidad y su espejo, lugar donde la luz es el hilo, el secreto para despertar todos los espacios sensoriales, sus regiones flotantes, tal como lo afirma Lezama Lima:

*¿La internación de la luz no es
acaso el visible de que ya el pin-
tor está en esa zona donde podrá
distribuir de nuevo como otra na-*